

ARMAND MATTELART:

UNA TEORIA CRITICA DE LA COMUNICACIÓN MUNDO

Enrique Bustamante ()*

Presentación al nombramiento de Armand Mattelart como socio de honor de la AE-IC, con motivo del III Congreso celebrado en la Universidad Rovira i Virgili, de Tarragona. 19 de Enero de 2012.

Según los protocolos al uso en este tipo eventos, debería comenzar mi intervención afirmando que es un honor presentar a Armand Mattelart en el homenaje que le tributa la AE-IC en este Tercer Congreso de la Asociación para la Investigación Española en Comunicación. Pero realmente es mucho más, es el pago de una pequeña parte de la deuda que los investigadores en este campo, españoles, latinoamericanos, europeos, internacionales, tenemos contraída con el profesor Mattelart, del agradecimiento obligado por sus más de cuarenta años de reflexión sobre la cultura y la comunicación, por sus cerca de otros tantos libros, por sus centenares de artículos, por sus posiciones activas permanentes en defensa de la democracia comunicativa. Lo escribí ya, con parecidas palabras, en la Presentación a la edición española de “Pensar sobre los medios” (realizado en coautoría con Michèle Mattelart), en 1987 por Fundesco, y lo reitero ahora con más años y muchas más razones.

La obra de Mattelart se remonta ciertamente a los primeros años sesenta, con diversas contribuciones a la sociología y la demografía de Chile y de América Latina, pero para el relato que interesa a este Congreso, sus contribuciones a la comunicación se inician en 1970, con el trabajo titulado “Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal”, editado en Santiago de Chile por Cuadernos de la Realidad Nacional (en colaboración con Michèle Mattelart y Mabel Piccini). Le seguirá ese mismo año “Juventud chilena. Rebeldía y conformismo” (también en colaboración con Michèle Mattelart) , y “La Ideología de la dominación en una sociedad dependiente. La respuesta ideológica de la clase dominante chilena al reformismo” (en coautoría con Carmen y Leonardo Castillo).

Me detengo especialmente en este último libro, porque fue el primero suyo que me llegó a la España franquista de entonces, en una fecha indeterminada de los primeros años setenta, y porque lo conservo ampliamente subrayado. En su “advertencia”, anunciaba el propósito de proporcionar un “marco para el estudio crítico de los mensajes emitidos por los ideólogos de una clase dominante dependiente”. Y en sus Conclusiones veo marcado que “Calibramos la estructura de poder de la información comprobando que la estructura de dominación sobre los medios de comunicación de masas corresponde plenamente a la estructura implícita de los mensajes que transmiten. La mitología vehiculizada por estos medios es funcional al sistema de poder y asegura una continua reproducción de su legitimidad”. Pero, además de su investigación sobre la ideología de la dominación y del reformismo agrario en una sociedad dependiente, tengo subrayados intensamente los capítulos iniciales, sobre una visión crítica del concepto de ideología, y de los finales, sobre el papel de la tecnología, nada habituales en aquellos tiempos.

A aquella etapa, caracterizada por un intenso compromiso político de los Mattelart con el Gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, y por la enorme frustración

internacional tras el final abrupto de su experiencia socialista democrática, corresponde una primera etapa importante de la obra de Armand Mattelart; Primero, todavía dentro del contexto de esa experiencia, “Comunicación Socialista y revolución Socialista” o el archiconocido “Para leer al Pato Donald” (con Ariel Dorffman) , ambos editados en 1971, o “Agresión desde el espacio. Cultura y Napalm en la Era de los satélites”, de 1972. Después, sintomáticamente publicadas en Buenos Aires o México, mientras Mattelart emprendía, como miles de personas, el camino al exilio chileno, están “La Comunicación masiva en el proceso de liberación” , o “La cultura como empresa multinacional”, en 1973-1974. Una transición con el análisis de la dominación mundial en la comunicación puede encontrarse en “Multinacionales y sistemas de comunicación”, ya de 1977, en “Comunicación e ideologías de Seguridad” , de 1978 y en “Los medios de comunicación en tiempos de crisis” (México, 1980) (ambas en coautoría con Michèle Mattelart).

Permítaseme un pequeño paréntesis en este punto, en conexión con esa enorme deuda contraída, personal y generacionalmente, que antes señalaba con Armand Mattelart. Porque en el marco de las Escuelas de Periodismo y de los primeros tiempos de las Facultades de Ciencias de la Información/Comunicación, en el lamentable contexto intelectual español de la última década de la dictadura franquista, los libros de Armand Mattelart nos abrieron horizontes insospechados. Para los jóvenes investigadores de la actualidad, a quienes resultará muy difícil imaginar ese clima, puedo apuntarles que, entonces, junto a los sempiternos Laswell y Lazarsfeld de la primera generación funcionalista estadounidense, la obra determinista de MacLuhan representaba la máxima modernidad inimaginable en nuestra enseñanza. Y que tales supuestos magisterios iban acompañados frecuentemente de las citas a Emil Dovifat, un conocido colaborador teórico de la Alemania nazi, y de un presunto importante teórico apellidado Fattorello, del cual, con los años y la colaboración de algunos amigos italianos (Ma qui e Fattorello?), descubrimos que se llamaba Francesco y era un capellán militar de ignota memoria, al que el ejército italiano había encargado un opúsculo sobre los medios de comunicación.

La obra de Mattelart de estos años y posteriores siguieron acompañándome inseparablemente durante mis trece años de ejercicio del periodismo, y me proporcionaron una base indispensable en mis primeros cursos como profesor desde 1980. Pero esta experiencia fue común a muchos colegas de España, de Europa y de Latinoamérica en esa época. Como ha señalado recientemente, Javier Esteinou desde México, Mattelart, “con sus aportaciones teóricas, produjo un parteaguas conceptual original que fermentó la conciencia de la comunicación en la academia latinoamericana y planteó otras preguntas e inquietudes políticas que generaron una revolución del conocimiento de la comunicación en este período”, hasta el punto de que “sin la aportación de Armand Mattelart, la ceguera teórica e histórica del conocimiento totalizador de la comunicación colectiva hubiera continuado existiendo varias décadas más en América Latina”. Incluso un autor como Vincent Mosco, del área anglosajona, tan parca como se sabe en reconocer los méritos de los no anglosajones, ha ensalzado el papel fundador de Mattelart en la Economía Política, junto a nombres memorables como Raymond Williams o Herbert Schiller. Y para Miquel de Moragas, se trata de uno de los autores en comunicación de mayor repercusión internacional de la historia, hasta el punto de que la casi totalidad de su obra, originaria en español y luego en francés, ha sido traducida al inglés, al portugués y a otras muchas lenguas, casi siempre al español, sin contar ediciones pirata de las que he descubierto algunas en Latinoamérica (a efectos

de este congreso en España, mencionaré en adelante las fechas de sus primeras ediciones en español).

Naturalmente, no todos son elogios. Porque los aciertos en el pensamiento crítico se evidencian también en los ataques de los adversarios, académicos e ideológicos. Recuerdo así un engañoso libro del funcionalista israelí-estadounidense, Elihu Katz, que para mejor convencer de la increíble absoluta libertad del receptor, esgrimía ucrónicamente en los años 90 al “Pato Donald” como muestra del mecanicismo de las teorías del imperialismo cultural. También descubro en Internet un texto delirante en un portal, engañosamente denominado como Filosofía, que destila su odio a quien permanentemente denomina como “Armando”, a modo de descalificación original, y a quien reprocha amargamente sus orígenes católicos, situándole entre los “quintacolumnistas” que –la frase no tiene desperdicio- arrastraron “a los territorios de las izquierdas indefinidas anegadas y domesticadas en las socialdemocracias liberales postsoviéticas”.

Por el contrario, Armand Mattelart no engañó a nadie nunca en sus textos. Dejó claras, desde un principio, en cada obra, las bases sociales comprometidas de su pensamiento. Aunque inevitablemente inmerso en las circunstancias intelectuales de esa época, encardinada en el pensamiento crítico con la “teoría de la dependencia”, del “desarrollo del subdesarrollo” (cuyos analistas insignes en la economía iban desde Samir Amin, Celso Furtado o Andre Gunder Frank, hasta el propio Fernando Henrique Cardoso, más tarde y con muchos giros, presidente de Brasil), la obra de aquella época de Mattelart se eleva por encima de ese contexto para conservar una vigencia notable hasta hoy, con problemáticas y propuestas que irá desarrollando posteriormente.

Tuve la suerte de conocer personalmente a Armand y Michèle Mattelart en Burgos en 1979, en el Simposium “Industrias de la Cultura y modelos de Sociedad”, que seguramente fue el primer Congreso importante de cultura y comunicación, organizado por Pepín Vidal Beneyto, de la España democrática. Ignoré entonces, por su discreción habitual, que en aquellos tiempos recorría su propia travesía del desierto en Francia, o como el mismo calificaría años después, con su original dominio de la terminología castellana, el comienzo de una carrera académica “hecha sobre dientes de serrucho”.

Aquella larga discriminación como investigador “rojo”, según sus propias palabras, no pudo con Mattelart ni con la potencia de su obra. En los primeros ochenta aparecen en efecto libros emblemáticos, como “La televisión alternativa”, con Jean Marie Piemme, “Comunicación y transición al socialismo. El caso Mozambique”, ambas de 1981, y dos años después, “América Latina en la encrucijada telemática” (con Héctor Schmucler), que constituye toda una reflexión pionera sobre la implantación de los sistemas globales de información y comunicación en su despliegue inicial.

En la Francia del Presidente François Mitterrand, sus investigaciones jugaron un papel importante en la reflexión de la izquierda francesa y europea. En “Tecnología, Cultura y Comunicación”, realizada en colaboración con Yves Stourdzé, como resultado de una comisión nombrada por el Ministro de la Investigación y la Industria, Jean Pierre Chevenement, se traza un formidable balance de la investigación en este campo, avanzando las líneas maestras de “una estrategia de investigación ligada al control social y democrático de la tecnología”; en otra misión para el Gobierno francés sobre el espacio audiovisual latino, publicado con el título provocador de “¿La cultura contra la democracia?”. Lo audiovisual a la hora transnacional (realizada con Michèle Mattelart y Xavier Delcourt, y en donde me cupo el honor de participar) se amplía el balance de la

investigación audiovisual a todo un modelo de cooperación horizontal latinoamericano, que hoy conserva buena parte de su actualidad incumplida. Ambas obras y sus artículos de esa época constituyeron un faro para nosotros en la España de los primeros años ochenta, en donde la llegada de los socialistas al gobierno carecía de toda orientación sólida sobre una perspectiva progresista en torno a la comunicación y la cultura.

Aquí comienza, en mi opinión, la etapa más fructífera de Armand Mattelart en cuanto a la investigación del sistema de comunicación masiva en el mundo desarrollado y, al mismo tiempo, una completa revisión crítica de la teoría de la comunicación, con obras decisivas como “Pensar sobre los medios” (con Michèle), de 1987, o “La Internacional publicitaria” de 1988, que se prolongarían más tarde con “La historia de las teorías de la comunicación” de 1997 (también en coautoría con Michèle Mattelart), con su “Historia de la Sociedad de la Información” de 2002, y más recientemente, con la “Introducción a los estudios culturales” (en colaboración con Erik Neveu), de 2004. Mención aparte merece su estudio con Michèle de las telenovelas brasileñas, laboratorio paradójico de la comunicación latinoamericana, en “El carnaval de las imágenes”, que yo edité en la colección Akal en 1988.

Pero, esta obra analítica sobre las teorías de la comunicación no puede desligarse del inmenso trabajo paralelo de análisis crítico realizado por Armand Mattelart sobre la mundialización de la comunicación. En la que el propio autor calificaba de trilogía, figuran así, junto a “La Comunicación.-mundo”, de 1992, “La invención de la comunicación”, de 1994, y la “Historia de la utopía planetaria” de 2000; pero habría que añadir su libro “Diversidad cultural y mundialización” (2006), y su obra más reciente por ahora, “Un mundo vigilado”, publicado en español en 2009.

Habría que señalar, además, para ser justos, que tras esta obra de Mattelart no es preciso remedar ese manido eslogan de tintes machistas, que hemos heredado en francés como “cherchez la femme”. Porque Michèle Mattelart es coautora de muchas de las obras más destacadas que he mencionado, por lo que este homenaje lo es también inevitablemente a su trabajo. Pero además, tiene asimismo una trayectoria intelectual propia, que reúne títulos como “La cultura de la opresión femenina” de 1977, o los posteriores “Mujeres e Industrias Culturales” o “Women, Media, Crisis”, textos que hoy se reviven en muchos portales de Internet como pioneros de los estudios de género y de clase.

Se me permitirá que comience a concluir algunos rasgos comunes a toda su obra que aquí sólo he mencionado en sus trabajos fundamentales. Porque Armand Mattelart no es sólo, sino también, un referente esencial para la fundación de la Economía Política de la Comunicación y la Cultura. En sus obras explora asimismo los avances de la geografía, de la teoría política, de la antropología, de la filosofía y muy especialmente de la historia, siempre de la historia, proponiendo así a la comunicación como un cruce de caminos y perspectivas, un “carrefour”, una tarea de investigación auténticamente interdisciplinaria y fecunda (entrevista en Telos nº 52, Junio de 2002). Tarea crítica que permanece más que nunca como una referencia vital en tiempos de presión burocrática insoportable sobre la investigación hacia el productivismo cuantitativo y el funcionalismo, hacia la desmemoria de la historia –de la historia de la realidad y de la investigación misma- que están dejando asolado hoy nuestro campo de estudio.

Armand Mattelart, no es tampoco, como han argumentado algunos de sus críticos más triviales, un apocalíptico, pese a la crítica sistemática de la realidad efectuada en su obra o precisamente por ella. Suponiendo que este término tenga ya algún sentido más que como vana etiqueta descalificadora, el propio Mattelart respondía, en una entrevista,

que “yo, cuando investigo, lo hago sobre lógicas que existen y, sobre todo, para encontrar alternativas que nos alejen del desastre. Por eso lo digo: yo nunca seré un apocalíptico. De ningún modo”. Como en muchas de sus obras, en “Un mundo vigilado”, después de un análisis sistemático sobre la evolución y los programas de vigilancia y control de la ciudadanía mundial, de “las regiones más oscuras de las sociedades democráticas”, todavía tiene la ilusión, en el Epílogo, de clamar por una integración del “derecho a la seguridad” “entre los derechos sociales que condicionan su realización: el derecho al trabajo, a la educación, a la vivienda, a la salud, a la comunicación. Derechos todos ellos en cuya ausencia no puede haber dignidad humana”.

Más importante aun: la obra de Mattelart, coincide, como el mismo ha señalado varias veces, con la “peripezia personal” de su autor, que va desde su infancia en la II Guerra Mundial hasta los esfuerzos de la construcción de una Europa social y democrática, pasando por la larga marcha de los países en desarrollo por salir de la dependencia y recuperar su identidad cultural. Y resulta sólidamente coherente con toda su vida, con su participación activa en el Chile de la Unidad Popular, en los esfuerzos por un socialismo europeo en los primeros años 80, hasta su papel reciente en el Foro Social de Porto Alegre, en el Observatorio de Medios en Francia o en la dirección de Attac. Como el mismo señalaba en unas declaraciones, hace varios años, con las que me sentí absolutamente identificado: “No he perdido mi capacidad de indignarme. Pueden haber cambiado muchas cosas, pero no mi irritación constante ante los desniveles de equidad y ante las injusticias. En eso, sigo siendo el mismo de siempre”.

Estamos en un período feliz de merecidos reconocimientos internacionales a la figura y la obra de Armand Mattelart, de la que este III Congreso de la AE-IC, y este acto han querido participar. Por ejemplo, en Marzo de 2011, la Ministra de Cultura de Ecuador le otorgaba la medalla del bicentenario, “como un homenaje a su aporte al desarrollo del pensamiento, la acción y el compromiso militante con la causa de la liberación de Nuestras Américas”. Y, en Noviembre del pasado año, la Universidad Nacional de Córdoba le nombró Doctor Honoris Causa como “uno de los más destacados intelectuales y pensadores del campo social y de la comunicación del último siglo”. Este homenaje de la AEIC, junto a otros muchos recientes, evidencia que se trata también de un reconocimiento europeo e internacional.

Pero habría que resaltarlo: No se trata, como suele ocurrir en estos casos, del homenaje a un creador cuando su obra está ya clausurada, sino del agradecimiento y el estímulo a un pensador del que esperamos todavía mucho. Porque en estos tiempos oscuros, cuando los mercados financieros dominan impudicamente a toda Europa con su discurso preferente de terror económico, contra la sociedad y la democracia, contra la cultura, la educación y la comunicación social, necesitamos más que nunca el magisterio de Armand Mattelart.

En fin, como habría dicho con seguridad José Vidal Beneyto, quien desgraciadamente no pudo ya asistir por su enfermedad al homenaje que le tributamos en el II Congreso de la AEIC en Málaga: Armand Mattelart, profesor Armando, gracias Maestro.

(*)Catedrático de Comunicación Audiovisual. Universidad Complutense de Madrid.